

ESBOZO Y PROPÓSITO DE LA OBRA

Amigos míos, como no se me habría permitido e incluso habría supuesto para mí una grave y onerosa consecuencia deciros abiertamente, en vida, lo que pensaba de la conducta y del gobierno de los hombres, de sus religiones y de sus costumbres, he decidido decíroslo al menos tras mi muerte; mi intención y mi deseo sería decíroslo de viva voz, antes de morir, si me viera próximo al fin de mis días y tuviera aún para entonces el uso libre de la palabra y del juicio; pero como no estoy seguro de tener en estos últimos días, o en estos últimos momentos, todo el tiempo ni toda la presencia de espíritu que me sería necesaria entonces para declararos mis sentimientos, me he visto obligado a empezar a declarároslos ahora por escrito y daros al mismo tiempo pruebas claras y convincentes de todo lo que me gustaría deciros, a fin de tratar de desengañaros lo menos tarde posible, en cuanto me atañe, de los errores en los que todos nosotros, cuantos soltaos, hemos tenido la desdicha de nacer y vivir, y en los cuales yo mismo he tenido el desagrado de hallarme obligado a infundiros; digo el desagrado porque para mí era verdaderamente desagradable tener esta obligación. Ello explica también por qué nunca la he desempeñado sino con mucha repugnancia y con bastante negligencia, como habéis podido observar.

He aquí ingenuamente lo que al principio me influjo a concebir este proyecto que me propongo. Como yo sentía naturalmente en mí mismo que no encontraba nada tan dulce, nada tan grato, tan amable y nada tan deseable en los hombres como la paz, como la bondad del alma, como la equidad, como la verdad y la justicia que, a mi parecer, deberían ser fuentes inestimables de bienes y de felicidad para los mismos hombres, si conservasen primorosamente entre sí tan amables virtudes como aquéllas, sentía también, naturalmente en mí mismo, que no encontraba nada tan odioso, nada tan detestable y nada tan pernicioso como las perturbaciones de la división y la depravación del corazón y del alma. Y sobre todo la malicia de la mentira y la impostura, no menos que la de la injusticia y la tiranía, que destruyen y aniquilan en los hombres todo lo que podría haber de mejor en ellos y que por esta razón son fuentes fatales, no sólo de todos los vicios y de todas las maldades de que están colmados, sino también de las causas desdichadas de todos los males y de todas las miserias que les abruman en la vida.

Desde mi más tierna juventud divisé los errores y los abusos que causan tan graves males en el mundo. Cuanto más he avanzado en edad y en conocimiento más he reconocido la ceguera y la maldad de los hombres, más he reconocido la vanidad de sus supersticiones y la injusticia de sus malos gobiernos. De manera que, sin haber tenido jamás mucho comercio en el mundo, podría decir con el sabio Salomón que he visto y que he visto incluso con asombro y con indignación «a la impiedad reinar en toda la tierra, y una corrupción tan grande de la justicia que aquéllos mismos que estaban destinados a dársela a los demás se habían convertido en los más injustos y los más criminales y la habían reemplazado por la iniquidad» (Eccls., 3.16).

He conocido tanta maldad en el mundo que ni la misma virtud más perfecta ni la inocencia más pura estaban exentas de la malicia de los calumniadores. He visto y se ven todos los días infinidad de inocentes desdichados perseguidos sin motivo y oprimidos con injusticia, sin que a nadie le afectara su infortunio ni que éstos encontrasen protectores caritativos para socorrerles. Las lágrimas de tantos justos afligidos y las miserias de tantos pueblos tan tiránicamente oprimidos por los ricos malvados y por los grandes de la tierra, me han provocado, al igual que a Salomón, tanta repugnancia y tanto desprecio por la vida que, así como él, estimé la condición de los muertos mucho más dichosa que la de los vivos, y a aquellos que nunca han existido mil veces más felices que los que existen y gimen aún en tan grandes miserias.

Y lo que aún me sorprendía más especialmente, sin salir de mi asombro al ver tantos errores, tantos abusos, tantas supersticiones, tantas imposturas, tantas injusticias y tiranías reinantes, era ver que, pese a existir en el mundo cantidad de personas que pasaban por eminentes en doctrina, en sabiduría y en piedad, sin embargo, no había ninguno que se atreviera a hablar, ni a declararse abiertamente contra tan grandes y tan detestables desórdenes. No vi a nadie de distinción que los reprendiera ni los inculpara, aunque los pobres pueblos no cesaran de lamentarse ni de gemir entre ellos en sus miserias comunes. A este silencio por parte de tantas personas prudentes, e incluso de un rango y de un carácter distinguidos, que debían, a mi parecer, oponerse a los torrentes de vicios e injusticias, o que al menos debían procurar aportar algunos remedios a tantos males, le encontraba con asombro una especie de aprobación, en la que aún no veía bien la razón ni la causa. Pero después, tras haber examinado un poco mejor la conducta de los hombres y tras haber penetrado un poco más profundamente en los misterios secretos de la refinada y astuta política de los que ambicionan cargos, consistentes en querer gobernar a los demás, y de los que quieren mandar con autoridad soberana y absoluta o quieren más particularmente hacerse honrar y respetar por los demás; he reconocido, fácilmente, no sólo la fuente y el origen de tantos errores, de tantas supersticiones y de tan grandes injusticias, sino que además he reconocido la razón por la cual quienes pasan por sabios e ilustrados en el mundo no dicen nada contra tan detestables errores y tan detestables abusos, aunque conozcan suficientemente la miseria de los pueblos seducidos y subyugados por tantos errores y oprimidos por tantas injusticias.

Pensamientos y sentimientos del autor sobre las religiones del mundo

Amigos míos, la fuente de todos los males que os abruma y de todas las imposturas que os mantienen desgraciadamente en el error y en la vanidad de las supersticiones, al igual que bajo las leyes tiránicas de los grandes de la tierra, no es otra que esta detestable política de los hombres a los que acabo de referirme. Pues, unos queriendo dominar injustamente en todas partes y otros queriendo darse cierta vana reputación de santidad y algunas veces incluso de divinidad, unos y otros no sólo se han servido diestramente de la fuerza y de la violencia, sino que además han empleado toda clase de astucias y artificios para seducir a los pueblos, con el objeto de alcanzar con mayor facilidad sus fines. De manera que unos y otros de estos refinados y astutos políticos, abusando así de la debilidad, de la credulidad y de la ignorancia de los más débiles y de los menos ilustrados, les han hecho creer sin obstáculo todo lo que han querido y después les han hecho admitir con respeto y sumisión, de buen grado o a la fuerza, todas las leyes que se les ha antojado imponerles. Mediante este medio unos se han hecho respetar y adorar como divinidades, o al menos como personas divinamente inspiradas y enviadas particularmente por los dioses para dar a conocer sus voluntades a los hombres, y otros se han hecho ricos, poderosos y temibles en el mundo. Y tras haberse hecho ricos, unos y otros, mediante esta clase de artificios, bastante poderosos, bastante venerables y bastante temibles para hacerse temer y obedecer, han sometido abierta y tiránicamente a los demás a sus leyes. Para lo que les han sido de gran utilidad también las divisiones, las querellas, los odios y las animosidades particulares, que nacen de ordinario entre los hombres, pues la mayor parte de ellos, al ser muy a menudo de humor, espíritu e inclinación muy diferentes unos de otros, no podrían entenderse mucho tiempo entre sí sin pelearse y sin escindirse. Y cuando estos conflictos y divisiones tienen lugar, aquellos que son o parecen los más fuertes, los más osados, y a menudo incluso los que son más refinados, más astutos o más malvados, no dejan de

aprovechar estas ocasiones para hacerse con mayor facilidad los amos absolutos de todo.

He aquí, amigos míos, la verdadera fuente y el verdadero origen de todos los males que perturban el bien de la sociedad humana y hacen a los hombres tan desdichados en la vida. He aquí la fuente y el origen de todos los errores, de todas las imposturas, de todas las supersticiones, de todas las falsas divinidades y de todas las idolatrías que desgraciadamente se han extendido por toda la tierra. He aquí la fuente y el origen de todo lo que os proponen como más santo y más sagrado, en todo lo que se os hace llamar piadosamente religión. He aquí la fuente y el origen de todas estas pretendidas leyes santas y divinas que se os quiere hacer observar como procedentes del mismo Dios. He aquí la fuente y el origen de todas estas pomposas y ridículas ceremonias que nuestros sacerdotes simulan hacer con fastuosidad en la celebración de sus falsos misterios, de sus solemnidades y de su falso culto divino. He aquí también el origen y la fuente de todos estos soberbios títulos y nombres de señor, de príncipe, de rey, de monarca y de potentado, en virtud de los cuales, todos bajo pretexto de gobernaros como soberanos, os oprimen como tiranos; en virtud de los cuales, bajo pretexto del bien y de la necesidad pública, os arrebatan todo cuanto tenéis de bello y mejor; y en virtud de los cuales, bajo pretexto de recibir su autoridad de alguna autoridad suprema, se hacen obedecer, temer y respetar a sí mismos al igual que dioses. Y, en fin, he aquí la fuente y el origen de todos estos vanos nombres de noble y de nobleza, de conde, de duque y de marqués de los que la tierra es pródiga, como dice un autor muy juicioso del siglo pasado, y que son casi todos como lobos rapaces, los cuales, bajo pretexto de querer gozar de sus derechos y de su autoridad, os aplastan, os roban, os maltratan y os arrebatan todos los días lo mejor que tenéis.

He aquí paralelamente la fuente y el origen de todos estos pretendidos santos y sagrados caracteres, de orden y de poder eclesiástico y espiritual, que vuestros sacerdotes y vuestros obispos se atribuyen sobre vosotros. Bajo el pretexto de conferiros los bienes espirituales de una gracia y de un favor todo divino, os arrebatan finalmente vuestros bienes temporales que son incomparablemente más reales y más sólidos que los que simulan conferiros. También, bajo pretexto de querer conduciros al cielo y procuraros una felicidad eterna, os impiden gozar tranquilamente de todo bien verdadero en la Tierra. Finalmente, os obligan a sufrir en esta vida, la única que tenemos, las penas reales de un verdadero infierno, bajo pretexto de querer preservaros en otra vida que no existe, de las penas imaginarias de un infierno que no existe. Como tampoco existe otra vida eterna merced a la cual mantienen vanamente para vosotros, pero no inútilmente para ellos, vuestros tenores y vuestras esperanzas.

Y como este tipo de gobiernos tiránicos sólo subsisten en virtud de los mismos medios y de los mismos principios que los han establecido, es peligroso querer combatir los principios generales de una religión, así como transgredir las leyes fundamentales de un Estado o de una República. De ahí que no haya que extrañarse si las personas competentes e ilustradas se someten a las leyes generales del Estado, por injustas que sean, ni si se conforman, al menos en apariencia, al uso y a la práctica de una religión que encuentran establecida, aunque reconozcan suficientemente sus errores y su vanidad. Ya que, por mucha repugnancia que puedan experimentar en someterse a ellas, les es, sin embargo, mucho más útil y más ventajoso vivir tranquilamente conservando lo que pueden tener que exponerse voluntariamente a perderse a sí mismos, tratando de oponerse al torrente de errores comunes o tratando de resistir a la autoridad de un soberano que quiere hacerse dueño absoluto de todos. Se suma, además, el hecho de que en grandes Estados y gobiernos como son los reinos y los imperios, al ser imposible que aquellos que son sus soberanos puedan solos, por sí mismos, proveer a todo y mantener

solos, por sí mismos, su poder y su autoridad en países de grandes extensiones, deben establecer en todas partes oficiales, intendentes, virreyes, gobernadores e infinidad de otros cargos y gente, a los que pagan copiosamente a expensas del público, para velar por sus intereses, para mantener su autoridad y para hacer ejecutar puntualmente sus voluntades en todas partes. Consiguiendo de tal manera que no haya nadie que se atreva a resistir, ni siquiera contradecir abiertamente a una autoridad tan absoluta, sin exponerse al mismo tiempo al riesgo manifiesto de perderse. Por esto incluso los más competentes y los más ilustrados se ven obligados a permanecer en el silencio, aunque vean manifiestamente los abusos, los errores, los desórdenes y las injusticias de un gobierno tan malvado y tan odioso.

Agregad a ello las intenciones e inclinaciones particulares de todos aquellos que detentan los grandes o los medios e incluso los más ínfimos cargos, ya sea en el estado civil, ya sea en el estado eclesiástico o que aspiran a poseerlos. Ciertamente, apenas hay quienes no piensen mucho más en sacar su provecho y en buscar su ventaja particular que en procurar sinceramente el bien público de los demás.

Apenas hay quienes no se comporten mediante algunas perspectivas de ambiciones o intereses, o con algunas perspectivas que halagan la carne y la sangre. No serán, por ejemplo, ninguno de aquellos que ambicionan los cargos y los empleos en un Estado, quienes se opondrán al orgullo, a la ambición o a la tiranía de un príncipe que lo quiere someter todo a sus leyes. Al contrario, lo halagarán bien en sus malas pasiones y en sus injustos proyectos, con la esperanza de ascender y engrandecerse a sí mismos bajo el favor de su autoridad.

No serán tampoco quienes ambicionan los beneficios o las dignidades en la Iglesia quienes se opondrán a ello, pues es mediante el favor y mediante el propio poder de los príncipes que pretenden lograrlos o mantenerlos cuando los hayan alcanzado; y muy lejos de pensar en oponerse a sus malvados designios o de contradecirlos en algo, serán los primeros en aplaudirlos y en halagarlos en todo lo que hacen. No serán tampoco ellos quienes atacarán los errores establecidos ni quienes descubrirán a los demás las mentiras, las ilusiones y las imposturas de una religión falsa puesto que sobre estos mismos errores e imposturas se funda su dignidad y todo su poder al igual que todas las grandes rentas que extraen de ello cada día. No son ricos avaros quienes se impondrán a la injusticia del príncipe ni quienes atacarán públicamente los errores y los abusos de una religión falsa, puesto que a menudo es gracias al mismo favor del príncipe que poseen empleos lucrativos en el Estado o que poseen ricos beneficios en la Iglesia; más bien se dedicarán a acumular riquezas y tesoros que a destruir errores y abusos públicos de los que unos y otros extraen tan grandes provechos. No serán tampoco quienes aman la vida dulce, los placeres y las comodidades de la vida quienes se opondrán a los abusos de que hablo; prefieren mucho más gozar tranquilamente de los placeres y de las dulzuras de la vida que exponerse a sufrir persecuciones por querer oponerse a los torrentes de errores comunes, puesto que sólo quieren cubrirse del manto de la virtud y servirse de un pretexto falaz de piedad y de celo religioso para ocultar sus astucias y sus vicios más malvados y para alcanzar de un modo más refinado los fines particulares que se proponen, consistentes siempre en buscar sus propios intereses y sus propias satisfacciones, engañando a los demás con bellas apariencias de virtudes.

Por último, tampoco serán los débiles ni los ignorantes quienes se opondrán porque, al carecer de ciencia y autoridad, no es posible que sean capaces de descubrir tantos errores y tantas injusticias en las que se les mantiene sujetos, ni que puedan resistir a la violencia de un torrente, que no dejaría de arrastrarlos de oponer dificultades a seguirlo. A lo que se debe añadir, además, que hay tal unión y encadenamiento de subordinación y dependencia entre todos los diferentes estados y condiciones de los hombres, y

además se da casi siempre entre ellos tanta envidia, tantos celos, tanta perfidia y tanta traición incluso entre los parientes más próximos, que unos no podrían fiarse de los otros y, por consiguiente, no podrían hacer nada ni emprender nada sin exponerse al mismo tiempo a ser inmediatamente descubiertos y traicionados por algunos; tampoco sería seguro confiarse a algunos amigos ni a ningún hermano en una cosa de tal gravedad cómo sería querer reformar un gobierno tan malvado. De manera que al no haber nadie que quiera ni que pueda, o que se atreva a oponerse a la tiranía de los grandes de la tierra, no hay que sorprenderse si estos vicios reinan tan poderosa y universalmente en el mundo; y he aquí cómo los abusos, cómo los errores, cómo las supersticiones y cómo la tiranía se han establecido en el mundo.

Se diría, al menos en semejante caso, que la religión y la política no deberían aliarse y que para ello deberían ser recíprocamente contrarias y opuestas la una a la otra, puesto que parece que la dulzura y la piedad de la religión habrían de condenar los rigores y las injusticias de un gobierno tiránico, y, además, parece que la prudencia de un político honesto debería condenar y reprimir los errores, los abusos y las imposturas de una religión falsa. Ciertamente es que debiera ser así, pero todo esto que se debería hacer no siempre se hace. Así, aunque parezca que la religión y la política debieran ser tan contrarias y tan opuestas la una a la otra en sus principios y en sus máximas, no dejan de avenirse bastante bien juntas cuando una vez ambas han establecido alianza y han contraído amistad, pues puede decirse que al respecto se entienden como dos rateros, ya que se defienden y se apoyan mutuamente la una a la otra. La religión apoya al gobierno político por malo que sea y, a su vez, el gobierno político apoya a la religión por vana y falsa que sea; por un lado, los sacerdotes, que son los ministros de la religión, recomiendan bajo pena de maldiciones y condena eterna obedecer a los magistrados, a los príncipes y a los soberanos como si fueran establecidos por Dios para gobernar a los demás; y los príncipes, por su parte, hacen respetar a los sacerdotes, les hacen entregar buenas asignaciones y buenas rentas y los mantienen en las funciones vanas y abusivas de su falso ministerio, obligando a los pueblos ignorantes a considerar santo y sagrado todo lo que hacen y todo lo que ordenan a los demás creer o hacer bajo este bello y falaz pretexto de religión y de culto divino. Y he aquí de nuevo otra vez cómo los errores, cómo los abusos, cómo las supersticiones, las imposturas y la tiranía se han establecido en el mundo, y cómo se mantienen para gran desdicha de los pobres pueblos que gimen bajo tan rudos y tan pesados yugos.

Quizá penséis, amigos míos, que entre tan gran número de religiones falsas como hay en el mundo mi intención sea exceptuar, al menos de este número, la religión cristiana, apostólica y romana, de la que hacemos profesión y decimos que es la única en enseñar la pura verdad, la única en reconocer y adorar como es debido al verdadero Dios y la única en conducir a los hombres por el verdadero camino de la salvación y de una eternidad dichosa. Pero desengañaros, amigos míos, desengañaros de esto y generalmente de todo lo que vuestros piadosos ignorantes o vuestros escarnecedores e interesados sacerdotes y doctores se apresuran a deciros y a haceros creer, bajo el falso pretexto de la certidumbre infalible de su pretendida santa y divina religión; no sois menos seducidos ni menos engañados que aquellos que son los más seducidos y engañados; no estáis menos sumidos en el error que aquellos que lo están más profundamente.

Vuestra religión no es menos vana ni menos supersticiosa que cualquier otra, no es menos falsa en sus principios ni menos ridícula y absurda en sus dogmas y en sus máximas; no sois menos idólatras que aquellos que atacáis y condenáis vosotros mismos de idolatría; los ídolos de los paganos y los vuestros sólo difieren de nombres y figuras. En definitiva, todo lo que vuestros sacerdotes y vuestros doctores os predicán

con tanta elocuencia respecto a la grandeza, la excelencia y la santidad de los misterios que os hacen adorar, todo lo que os cuentan con tanta gravedad de la certidumbre de sus pretendidos milagros y todo lo que os declaran con tanto celo y con tanta seguridad en relación a la grandeza de las recompensas del cielo y respecto a los horrendos castigos, no son en el fondo más que ilusiones, errores, mentiras, ficciones e imposturas, inventadas en primer lugar por políticos refinados y astutos y luego por seductores e impostores, seguidamente acogidas y creídas ciegamente por pueblos ignorantes y bastos y finalmente mantenidas por la autoridad de los grandes y de los soberanos de la tierra que han favorecido los abusos, los errores, las supersticiones y las imposturas, que los han autorizado incluso por su ley, con el fin de mantener a los hombres en general sujetos y hacer de ellos todo lo que quieran.

He aquí, amigos míos, cómo aquellos, que han gobernado y gobiernan los pueblos aún ahora, abusan presuntuosa e inmunemente del nombre y de la autoridad de Dios para hacerse temer, obedecer y respetar a sí mismos más que para hacer temer y servir al Dios imaginario de cuyo poder os atemorizan. He aquí cómo abusan del nombre falaz de piedad y religión para hacer creer a los débiles y a los ignorantes todo cuanto les place, y he aquí cómo acaban estableciendo por toda la tierra un detestable misterio de mentira e iniquidad, mientras únicamente debieran preocuparse, unos y otros, de establecer en todas partes el reino de la paz y de la justicia, así como el de la verdad, el reino de cuyas virtudes haría dichosos y contentos a todos los pueblos de la tierra.

Digo que establecen por todas partes un misterio de iniquidad porque todos estos resortes ocultos de la política más refinada, así como las máximas y ceremonias más piadosas de la religión, efectivamente, no son más que misterios de iniquidad. Digo misterios de iniquidad para todos los pobres pueblos que son miserablemente engañados con todas estas memeces de las religiones, así como son los juguetes y las víctimas desdichadas del poder de los grandes; pero para quienes gobiernan o tienen parte en el gobierno de los demás y para los sacerdotes que gobiernan las conciencias o que están provistos de algunos buenos beneficios, son como minas de oro o vellocinos de oro, son como cuernos de abundancia que les hacen venir a pedir de boca toda clase de bienes; y esto es lo que da lugar a que todos estos bellos señores se diviertan y se permitan agradablemente toda clase de distracciones, a la vez que los pobres pueblos, embaucados mediante los errores y las supersticiones de la religión, gimen triste, pobre y pacíficamente, no obstante, bajo la opresión de los grandes, a la vez que sufren en vano orando a los dioses y a los santos que no les oyen nada, a la vez que se entretienen con devociones inútiles, a la vez que hacen penitencias por sus pecados y, finalmente, a la vez que estos pobres pueblos trabajan y se agotan día y noche, sudando sangre y agua para tener con qué vivir y para tener con qué proveer abundantemente a los placeres y satisfacciones de aquellos que los hacen tan desdichados en la vida.

¡Ay!, amigos míos, si conocierais bien la vanidad y la locura de los errores en que os mantienen bajo el pretexto de la religión, y si supierais cuan injustamente y cuan indignamente se abusa de la autoridad que se ha usurpado sobre vosotros bajo pretexto de gobernaros, ciertamente sólo tendríais desprecio por todo lo que se os hace adorar y respetar y sólo tendríais odio e indignación hacia todos aquellos que abusan de vosotros y que os gobiernan tan mal y que os tratan tan indignamente. A este respecto, me viene a la memoria un deseo que forjaba antaño un hombre que no tenía ciencia ni estudio pero que, según las apariencias, no carecía de sentido común para juzgar sanamente todos estos detestables abusos y todas las detestables tiranías que yo condeno aquí: por su deseo y por su manera de expresar su pensamiento, parece que veía bastante lejos y que penetraba bastante profundamente en este detestable misterio de iniquidad del que acabo de hablar, puesto que reconocía muy bien a sus autores y protagonistas. Deseaba

que todos los poderosos y que todos los nobles de la tierra fueran colgados y ahorcados con las tripas de los curas. Esta expresión puede parecer ruda, grosera y chocante, pero se ha de reconocer que es franca e ingenua; es breve pero expresiva, puesto que da a entender en muy pocas palabras todo lo que esta clase de gente merecería. En cuanto a mí, amigos míos, si tuviera que forjar un deseo al respecto (y no dejaría de hacerlo si pudiera tener su efecto), desearía tener el brazo, la fuerza, el coraje y la masa de un Hércules para purgar al mundo de todos los vicios y de todas las iniquidades, y para tener el placer de derribar a todos estos monstruos de tiranos con cabezas coronadas y a todos los demás monstruos, ministros de errores e iniquidad, que hacen gemir tan lastimosamente a todos los pueblos de la tierra.

No penséis, amigos míos, que me impulse aquí algún deseo particular de venganza, ni algún motivo de animosidad o de interés particular; no, amigos míos, no es la pasión la que me inspira estos sentimientos ni la que me hace hablar de esta forma y escribir así. Verdaderamente sólo es mi inclinación y mi amor por la justicia y por la verdad, que veo por un lado tan indignamente oprimida, y mi aversión natural por el vicio y la iniquidad que veo por otro reinar tan insolentemente por doquier; no se podría tener odio ni aversión suficiente hacia personas que causan tan detestables males en todas partes y que abusan tan universalmente de los hombres.

¡Cómo! ¿Acaso no sería justo barrer y expulsar vergonzosamente de una ciudad y de una provincia a charlatanes embaucadores que bajo pretexto de distribuir caritativamente remedios y medicamentos saludables y eficaces al público, no hicieran sino abusar de la ignorancia y de la simplicidad de los pueblos, vendiéndoles bien caros drogas y ungüentos nocivos y perniciosos? Sí, no hay duda, sería justo barrerlos y expulsarlos vergonzosamente como embaucadores infames. De igual modo, ¿no sería justo condenar abiertamente y castigar severamente a estos bergantes y a todos estos salteadores de caminos que se ponen a desvalijar, matar y masacrar inhumanamente a quienes tienen la desdicha de caer en sus manos? Sí, ciertamente estaría bien hecho castigarlos severamente, sería justo odiarlos y detestarlos, y por el contrario estaría muy mal hecho soportar que ejerciesen con absoluta inmunidad sus latrocinios. Con mayor razón, amigos míos, tendríamos motivos para condenar, odiar y detestar, como hago aquí, a todos estos ministros de errores e iniquidad que os dominan tan tiránicamente, unos, vuestras conciencias, y otros, vuestros cuerpos y vuestros bienes, pues son los mayores ladrones y mayores asesinos que existen en la tierra. “Todos los que han venido antes de mí —dijo Jesucristo— son ladrones y rateros” (Juan., 10.8). Tal vez diréis, amigos míos, que en parte hablo así contra mí mismo, puesto que también yo pertenezco al rango y al carácter de los que llamo aquí los mayores embaucadores de los pueblos; cierto es que hablo contra mi profesión, pero de ningún modo contra la verdad, ni contra mi inclinación, ni contra mis propios sentimientos. En efecto, como nunca he sido siquiera de creencia ligera, ni propenso a la beatería ni a la superstición, y nunca he sido tan necio como para hacer ningún empleo de las misteriosas insensateces de la religión, tampoco me he sentido inclinado a hacer los consiguientes ejercicios ni a hablar de ellos favorablemente ni con honra; al contrario, siempre habría preferido mucho más testimoniar abiertamente el desprecio que me inspiraban si me hubiera estado permitido hablar de ello según mi inclinación y mis sentimientos; y así, aunque en mi juventud me dejara conducir fácilmente al estado eclesiástico para complacer a mis parientes que se alegraban de verme allí, como si fuera un estado de vida más dulce, más apacible y más venerable en el mundo que el de los hombres en general. Sin embargo, puedo decir con certeza que jamás la perspectiva de ninguna ventaja temporal ni la perspectiva de abundantes retribuciones de este ministerio me ha llevado a amar el ejercicio de una profesión tan llena de errores e imposturas. Nunca he podido llegar a

adquirir el gusto de la mayoría de estos gallardos y gratos señores, para quienes es un gran placer recibir con avidez las abundantes retribuciones de las vanas funciones de su ministerio. Aún tenía más aversión por el humor escarnecedor y jocosos de estos otros señores, que sólo piensan en darse agradablemente diversiones con las grandes rentas de los buenos beneficios que poseen, quienes se mofan ridículamente entre sí de los misterios, de las máximas y de las ceremonias vanas y falaces de su religión, y que además se burlan de la simplicidad de quienes les creen y que en esta creencia les procuran tan piadosa y copiosamente con qué divertirse y vivir tan bien a su antojo. Son testigos esos papas (Julio III o León X) que se mofaban de su dignidad, y aquel otro (Bonifacio VIII) que decía bromeando con sus amigos: «¡Ah! Cuánto nos hemos enriquecido gracias a esta fábula de Cristo».

No es que yo condene sus agradables risotadas respecto a la vanidad de los misterios y de las momerías de su religión, puesto que efectivamente son cosas dignas de risa y de desprecio (muy simples e ignorantes son aquellos que no ven en ello vanidad), sino que condeno esta áspera, esta ardiente y esta insaciable avidez que tienen de aprovecharse de los errores públicos y este indigno placer suyo en mofarse de la simplicidad de los que están en la ignorancia y que ellos mismos mantienen en el error. Si su pretendido carácter y si los buenos beneficios que poseen les permiten vivir en la abundancia y tranquilamente a expensas del público, que al menos sean, pues, un poco sensibles a las miserias del público, que no agraven la pesadez del yugo de los pobres pueblos, multiplicando mediante un falso celo, como hacen varios, el número de errores y de supersticiones, y que no se burlen más de la simplicidad de aquellos que por tan buen motivo de piedad les hacen tantos bienes y se agotan por ellos. Pues es una ingratitud enorme y una perfidia detestable obrar así para con unos bienhechores, como son todos los pueblos, para con los ministros de la religión, ya que es de sus trabajos y del sudor de sus cuerpos de donde extraen toda su subsistencia y toda su abundancia.

No creo, amigos míos, haberos dado jamás motivo para pensar que yo participara de estos sentimientos que condeno aquí; por el contrario, habríais podido observar varias veces que mis sentimientos eran muy opuestos y que era muy sensible a vuestras penas; habríais podido observar también que no era de los más aferrados a este piadoso lucro de las retribuciones de mi ministerio, pues a menudo las he desperdiciado y abandonado cuando las podría haber aprovechado, y nunca he sido un intrigante de grandes beneficios ni un buscador de misas y ofrendas. Ciertamente siempre me hubiera gustado mucho más dar que recibir, si hubiera estado en mi mano seguir mi inclinación, y al dar, siempre habría tenido mayor consideración por los pobres que por los ricos, siguiendo esta máxima de Cristo que decía (en el informe de san Pablo Act., 20.35) que vale más dar que recibir, como también siguiendo esta advertencia del mismo Cristo, que recomendaba a los que dan festejos invitar, no a los ricos que tienen medios para pagar con la misma moneda, sino invitar a los pobres que carecen de medios para hacerlo (Luc., 14-13).

Y siguiendo esta otra advertencia del señor de Montaigne que recomendaba siempre a su hijo mirar más al que le tendía los brazos que hacia el que le diera la espalda (Essais III). De buena gana habría hecho también como hacía el buen Job en la época de su prosperidad: «Yo era —decía— el padre de los pobres, yo era el ojo del ciego, el pie del cojo, la mano del manco, la lengua del mudo». Y de buena gana, al igual que él habría arrebatado la presa de las manos de los malvados y de tan buena gana como él les habría roto los dientes y partido las mandíbulas (Job 29, 15, 16). «Sólo los grandes corazones —decía el sabio Mentor a Telémaco— saben cuánta gloria hay en ser bueno» (Telem. tom. 2).

Y respecto a los falsos y fabulosos misterios de vuestra religión y de todos los demás piadosos pero vanos y supersticiosos deberes y ejercicios que vuestra religión os impone, también sabéis, o al menos habéis podido observar fácilmente, que yo no me aferraba a la beatería y que no me hallaba dispuesto a manteneros en ella ni a recomendaros su práctica. Sin embargo, yo estaba obligado a instruiros en vuestra religión y a hablaros de ella al menos algunas veces para cumplir mejor mal que bien este deber al que me había comprometido en calidad de cura de vuestra parroquia, y en tal circunstancia me disgustaba verme en esta enojosa necesidad de actuar y hablar enteramente contra mis propios sentimientos, me disgustaba tener que manteneros en necios, errores y vanas supersticiones e idolatrías que odiaba, condenaba y detestaba en el corazón. Pero os aseguro que no lo hacía jamás sino con pena y una repugnancia extrema; ello porque también odiaba enormemente todas estas vanas funciones de mi ministerio y particularmente todas estas idolátricas y supersticiosas celebraciones de misas y estas vanas y ridículas administraciones de sacramentos que me veía obligado a hacerlos. Las he maldecido en el corazón miles de veces cuando me hallaba obligado a hacerlas y particularmente cuando debía hacerlas "con un poco más de atención y con un poco más de solemnidad que de ordinario, pues al ver en tales ocasiones que ibais con un poco más de devoción a vuestras iglesias, para asistir a ellas en algunas vanas solemnidades o para oír con un poco más de devoción lo que se os hace creer como la palabra de Dios mismo, me parecía que abusaba mucho más indignamente de vuestra buena fe y que, por consiguiente, era mucho más digno de condena y reproches, lo que aumentaba a tal punto mi aversión contra esta clase de solemnidades ceremoniosas y pomposas y contra las funciones vanas de mi ministerio, que, cientos de veces, ha faltado poco para hacer estallar indiscretamente mi indignación sin poder casi en estas ocasiones ocultar más mi resentimiento ni contenerme la indignación que tenía. Sin embargo, he procurado contenerla y trataré de contenerla hasta el fin de mis días, pues no quiero exponerme en vida a la indignación de los sacerdotes ni a la crueldad de los tiranos, que no encontrarían, a su parecer, tormentos lo bastante rigurosos para castigar tal pretendida temeridad. Me tiene sin cuidado, amigos míos, morir tan pacíficamente como he vivido y además, al no haberos dado nunca motivo para desearme el mal ni para regocijaros si me ocurriera algo malo, no creo tampoco que os quedarais tranquilos si me persiguieran y tiranizaran por este motivo, con lo cual he decidido guardar silencio al respecto hasta el fin de mis días.

Pero puesto que esta razón me obliga ahora a callarme, haré de manera a hablaros tras mi muerte; es con esta intención que empiezo a escribir para desengañaros, como he dicho, en tanto esté en mi poder, de todos los errores, de todos los abusos y de todas las supersticiones en las que habéis sido educados y alimentados, y que por así decir habéis sorbido con la leche. Hace bastante tiempo que a los pobres pueblos se les engaña miserablemente con toda clase de idolatrías y supersticiones, hace bastante tiempo que los ricos y los grandes de la tierra roban y oprimen a los pobres pueblos; ya sería hora de liberarlos de esta miserable esclavitud en que se encuentran, ya sería hora de desengañarlos de todo y hacerles conocer por doquier la verdad de las cosas; y si, para apaciguar el humor grosero y huraño de los hombres en general, antaño hizo falta como se supone entretenerlos y engañarlos mediante prácticas religiosas vanas y supersticiosas a fin de mantenerlos sujetos con mayor facilidad, ciertamente ahora es más necesario todavía desengañarlos de todas estas vanidades puesto que el remedio que se empleó contra el primer mal con el tiempo se ha vuelto peor que el primer mal mediante el abuso que se ha hecho de él.

Serían todas las personas de talento, los más honestos y los más ilustrados, quienes debieran pensar seriamente y trabajar con ahínco en un asunto tan importante como éste,

desengañando por doquier a los pueblos de los errores en que se hallan, haciendo odiosa y despreciable la autoridad excesiva de los grandes de la tierra, excitando por doquier a los pueblos a sacudir el yugo insoportable de los tiempos y persuadiendo generalmente a todos los hombres de estas dos verdades importantes y fundamentales:

a) que para perfeccionarse en las ciencias y en las artes, que son aquello a que los hombres deben dedicarse principalmente en la vida, no deben seguir otras luces que las de la razón humana;

b) que para establecer buenas leyes sólo deben seguirse las reglas de la prudencia y de la sabiduría humana, es decir, las reglas de la probidad, de la justicia y de la equidad natural, sin entretenerse vanamente con lo que dicen unos impostores ni con lo que hacen algunos deícolas idólatras y supersticiosos, lo que procuraría a todos los hombres mil veces más bienes, más satisfacción y más reposo para el cuerpo y el espíritu de lo que lograrían hacer todas las falsas máximas y todas las prácticas vanas de sus supersticiosas religiones.

Pero ya que nadie se atreve a hacer estos esclarecimientos a los pueblos o, mejor, ya que nadie se atreve a empezar a hacerlo o, incluso, puesto que las obras y los escritos de los que ya habrían querido emprenderlo no aparecen públicamente en el mundo, que nadie los ve, que se suprimen intencionadamente y que se ocultan a propósito a los pueblos a fin de que no los vean ni descubran a través de ellos los errores, los abusos y las imposturas en que se les mantiene y que, al contrario, sólo se les muestran los libros y los escritos de una multitud de piadosos ignorantes o seductores hipócritas que bajo velo de piedad sólo se complacen en mantener e incluso multiplicar los errores y las supersticiones, además digo yo que es así y que aquéllos, que por su ciencia y por su cultura, serían los indicados para emprender y llevar a cabo felizmente para los pueblos un proyecto tan bueno y tan loable como sería el de desengañarlos de todos los errores y de todas las supersticiones, en las obras que dan al público sólo se dedican a favorecer, a mantener y a aumentar el número de errores y a agravar el número insoportable de supersticiones, en lugar de procurar abolirlas y hacerlas despreciables, y sólo se dedican a halagar a los grandes, a prodigarles cobardemente mil alabanzas indignas en lugar de condenar sus vicios abiertamente y decirles generosamente la verdad; y ya que éstos no toman un partido tan bajo y tan indigno más que con intenciones bajas e indignas complacencias, o por motivos basados en algunos intereses particulares, como para hacerles mejor la corte y para hacerse más dignos ellos y sus familias o sus asociados, etc., trataré, a pesar de mi debilidad y del pequeño genio que pueda tener, aquí trataré, amigos míos, de descubriros ingenuamente las verdades que se os ocultan; trataré de haceros ver claramente la vanidad y la falsedad de todos estos supuestos misterios tan grandes, tan santos, tan divinos y tan temibles que se os hace adorar; como también la vanidad y la falsedad de todas estas pretendidas verdades tan grandes y tan importantes que vuestros sacerdotes, vuestros predicadores y vuestros doctores os obligan a creer tan indispensablemente, bajo pena, como ellos dicen, de condena eterna: trataré, digo, de haceros ver su vanidad y su falsedad.

Que los sacerdotes, los predicadores, los doctores y que todos los hacedores de tales mentiras, de tales errores y de tales imposturas se escandalicen por ello y que se enojen tanto como quieran, tras mi muerte, que me traten si quieren de impío, de apóstata, de blasfemo y de ateo, que me injurien y me maldigan entonces tanto como quieran; no me preocupa nada, puesto que esto no me dará la menor inquietud del mundo; paralelamente que hagan entonces con mi cuerpo lo que quieran, que lo desgarran, que lo despedacen en trozos, que lo cuezan o lo fríen y que se lo coman incluso si quieren en la salsa que más les guste, no me apena nada; para entonces estaré fuera de sus garras, nada podrá darme miedo. Únicamente preveo que mis parientes y amigos, cuando esto

ocurra, podrán disgustarse y apesadumbrarse al ver y oír todo lo que se pueda decir o hacer indignamente de mí o contra mí después de muerto. De buena gana les ahorraría este disgusto, efectivamente, pero esta consideración, por fuerte que sea, no me retendrá; el celo de la verdad y la justicia, el celo del bien público, así como mi odio y mi indignación al ver reinar en toda la tierra los errores y las imposturas de la religión, a la vez que el orgullo y la injusticia de los grandes, tan imperiosa y tiránicamente, pasarán en mí por encima de todas las demás consideraciones particulares, por fuertes que puedan ser. Por lo demás, amigos míos, no pienso que esta empresa deba hacerme tan odioso ni atraerme tantos enemigos como podría imaginarse; tal vez podría halagarme si este escrito con lo informal e imperfecto que es (por haberlo hecho aprisa y escrito con precipitación) pasara más lejos de vuestras manos y tuviera la suerte de hacerse público, y se examinaran bien todos mis sentimientos y todas las razones sobre las que se fundan, tal vez (al menos entre las personas cultas y honradas) tendría tantos aprobadores favorables como malos censores, Y desde ahora puedo decir que varios de los que por su rango, o por su carácter, o por su calidad de jueces y de magistrados, u otra, se vean obligados a condenarme exteriormente ante los hombres, me aprobarán interiormente en su corazón.

Todas las religiones no son más que errores, ilusión e imposturas

Sabed pues, amigos míos, sabed que todo lo que se declara y todo lo que se practica en el mundo para el culto y la adoración de los dioses no son más que errores, abusos, ilusiones e imposturas; todas las leyes y las órdenes que se publican bajo el nombre y la autoridad de Dios, o de los dioses, verdaderamente sólo son invenciones humanas, al igual que todos estos bellos espectáculos de fiesta y de sacrificios, o de oficios divinos, y todas estas otras prácticas supersticiosas de religión y de devoción que se hacen en su honor; todas estas cosas, repito, sólo son invenciones humanas que han sido, como ya he observado, inventadas por políticos refinados y astutos, cultivadas además y multiplicadas por falsos seductores e impostores, después recibidas ciegamente por ignorantes y luego, finalmente, mantenidas y autorizadas por las leyes de los príncipes y de los grandes de la tierra, que se han servido de esta clase de invenciones humanas para sujetar así con mayor facilidad a los hombres en general y hacer de ellos lo que quieran. Pero en el fondo todas estas invenciones no son más que infundios, como decía el señor de Montaigne (Essais), pues sólo sirven para contener el espíritu de los ignorantes y de los simples; los sabios no se sujetan, ni se dejan sujetar, porque en efecto sólo es de ignorantes y simples poner fe en ello y dejarse guiar así. Y lo que digo aquí en general de la vanidad y de la falsedad de las religiones del mundo, no lo digo únicamente de las religiones paganas y extrañas que ya consideráis falsas» sino lo digo igualmente de vuestra religión cristiana, porque, en efecto, no es menos vana ni menos falsa que cualquier otra, e incluso podría decir en un sentido que tal vez es más vana aún y más falsa que ninguna otra, porque no hay ninguna cuyos principios sean tan ridículos, ni tan absurdos, ni que sea tan contraria a la naturaleza misma y al sano juicio. Esto es lo que os digo, amigos míos, a fin de que en lo sucesivo no os dejéis engañar por las bellas promesas que se os hacen de las pretendidas recompensas eternas de un paraíso imaginario y que hagáis descansar también a vuestros espíritus y vuestros corazones contra todos los vanos temores que se os dan de los supuestos castigos eternos de un infierno que no existe; pues todo lo que se os dice de tan bello y tan magnífico de lo uno y de tan terrible y tan espantoso de lo otro no es más que fábula; no se puede esperar ningún bien ni temer ningún mal tras la muerte; aprovechad pues sabiamente el tiempo, viviendo bien y gozando sobria, pacífica y alegremente si podéis de los bienes de la vida

y de los frutos de vuestros trabajos, pues es lo que os pertenece y el mejor partido que podéis tomar ya que la muerte, al poner fin a la vida, también pone fin a todo conocimiento y a todo sentimiento del bien y del mal.

Pero como no es el libertinaje (como podría pensarse) lo que me hace entrar en estos sentimientos, sino que es únicamente la fuerza de la verdad y la evidencia del hecho lo que me hace convencerme de ello, y no pido ni quiero tampoco que nadie de vosotros, ni ningún otro, me crea sólo por mi palabra en una cosa que sería de tan gran importancia, y deseo, por el contrario, haceros conocer por vosotros mismos la verdad de todo lo que acabo de decir mediante razones y mediante pruebas claras y convincentes voy a proponeros aquí algunas tan claras y convincentes como no pueda haber en ningún tipo de ciencia, y trataré de hacéros las tan claras e inteligibles que por poco talento que tengáis comprenderéis sin dificultad que efectivamente estáis en el error y que se os imponen muchos con respecto a la religión y que todo lo que se os obliga a creer como fe divina no merece que le adhiráis ninguna fe humana.

Razones por las que los políticos se sirven de los errores y abusos de las religiones

Conforme a esto, el gran cardenal de Richelieu hace observar en sus *Reflexiones políticas* que «los príncipes nunca son tan hábiles como para encontrar pretextos que hacen plausibles sus demandas, y como el de la religión —dice— causa mayor impresión sobre las almas que los demás, creen haber avanzado mucho cuando ello les permite satisfacer sus proyectos» (Tom. 3, p. 31). «Bajo esta máscara —prosigue—, a menudo han ocultado sus pretensiones más ambiciosas» (aún habría podido añadir y sus más detestables acciones), y respecto a la conducta particular que Numa Pompilius observó para con sus pueblos, dice que «este rey no inventó nada mejor para hacer reconocer sus leyes y sus acciones al pueblo romano, que decirles que las hacía todas aconsejado por la ninfa Egeria, la cual le transmitía la voluntad de los dioses».

En la Historia romana se indica que los principales de la ciudad de Roma, tras haber empleado inútilmente toda clase de artificios para impedir que el pueblo no se elevara a las magistraturas, «optaron finalmente por el recurso o el pretexto de la religión e hicieron creer al pueblo que tras haber consultado a los dioses en relación a este asunto, éstos habían testimoniado que era profanar los honores de la República comunicarlos al pueblo y que, siendo así, le suplicaban encarecidamente renunciar a esta pretensión, simulando desearlo más para la satisfacción de los dioses que para su interés particular». Y la razón por la que todos los grandes políticos abusan así de los pueblos es, según su decir, tras el de Scerola, gran pontífice, y tras el de Warron, gran teólogo en su tiempo, porque es necesario, dicen, que los pueblos ignoren muchas cosas verdaderas y crean muchas falsas; y «el divino Platón —como hace observar el señor de Montaigne— dice abiertamente en su República que en provecho de los hombres a menudo es necesario mantenerlos sujetos» (Essais). Parece, no obstante, que los primeros inventores de estas santas y piadosas falacias todavía tenían al menos cierto resto de pudor y de modestia, o que todavía no se atrevían a llevar su ambición tan lejos como habrían podido llevarla, puesto que entonces se contentaban con atribuirse únicamente el honor de ser los depositarios y los intérpretes de las voluntades de los dioses, sin atribuirse mayores prerrogativas.

Pero varios de los que les sucedieron llevaron mucho más lejos su ambición; habría sido demasiado poco para ellos decir únicamente que habrían sido enviados o inspirados por los dioses, se quisieron hacer dioses ellos mismos, o más bien alcanzaron este exceso de locura y presunción queriendo hacerse mirar y honrar como dioses.

Antaño esto era bastante frecuente en los emperadores romanos, y entre otras cosas, en la Historia romana, se indica que el emperador Heliogábalo, el más disoluto, el más licencioso, el más infame y el más execrable que existió jamás, se atrevió, sin embargo, a hacerse elevar al rango de los dioses ya en vida, ordenando que entre los nombres de los demás dioses que los magistrados invocaban en sus sacrificios reclamasen también a Heliogábalo, que era un nuevo dios que Roma nunca había conocido. El emperador Domiciano tuvo la misma ambición; quiso que el senado le hiciera erigir estatuas todas de oro, y mandó también mediante ordenanza pública que todas las cartas y peticiones se le dirigieran a título de señor y dios. El emperador Calígula, que fue también uno de los más malvados, más infames y más detestables tiranos que hayan existido jamás, quiso igualmente ser adorado como un dios, hizo colocar sus estatuas frente a las de Júpiter y quitar la cabeza a varias de aquéllas para colocar la suya, e incluso envió su estatua para ser colocada en el templo de Jerusalén (Dic. Hist.). El emperador Comodo quiso ser llamado Hércules, hijo de Júpiter, el más grande de los dioses, y a este fin a menudo se vestía con una piel de león sosteniendo entre sus brazos una maza, imitaba a Hércules, y con tal indumentaria rondaba día y noche matando a varias personas.

Se han encontrado no sólo emperadores, sino también varios otros de menor calidad, e incluso hombres de baja extracción y de baja fortuna que han tenido esta insensata vanidad y esta insensata ambición de querer hacerse creer y hacerse estimar como dioses, y, entre otras cosas, se dice de un cierto Psaphón, libanés, hombre desconocido y de baja extracción, que habiendo querido pasar por un dios se le ocurrió esta astucia que le dio bastante buen resultado por cierto tiempo.

Recogió varios pájaros de diversos lugares a los que enseñó con gran esmero a repetir estas palabras: «Psaphón es un gran dios, Psaphón es un gran dios.» Luego, tras haber soltado y puesto a sus pájaros en libertad, éstos se dispersaron por todas las provincias y lugares circunvecinos, unos por un lado y otros por otro, y se pusieron a decir y a repetir a menudo en sus gorjeos: «Psaphón es un gran dios, Psaphón es un gran dios.» De manera que los pueblos, al oír hablar así a este tipo de pájaros e ignorando la artimaña, empezaron a adorar a este nuevo dios y a ofrecerle sacrificios, hasta que al fin descubrieron la artimaña y cesaron de adorar a este dios (Dic. Hist.).

También se dice que un cierto Annón, cartaginés, quiso a este mismo a servirse de una astucia semejante, pero no le dio tan buen resultado como a Psaphón porque sus pájaros, a los que había enseñado a decir estas palabras: «Annón es un gran dios, Annón es un gran dios», en cuanto los soltaron olvidaron las palabras que habían aprendido. El cardenal del Perron, si no me equivoco, habla de ciertos dos doctores en teología diciendo que uno creía ser el Padre eterno y el otro creía ser el Hijo de Dios eterno. Se podrían citar otros varios ejemplos de los que han sido tentados por semejante locura o semejante temeridad y, al parecer, el primer inicio de la creencia de los dioses sólo procede de que algunos hombres vanos y presuntuosos se han querido atribuir así el nombre y la cualidad de dios, lo que está muy de acuerdo con lo que se cuenta en el Libro de la Sabiduría con respecto al comienzo del reino de la idolatría y como puede verse extensamente en el capítulo 14 de dicho Libro de la Sabiduría.

Origen de la idolatría

Se dice que el primer inventor de estas falsas divinidades fue un tal Nisus, hijo de Bel, primer rey de los sirios, aproximadamente en la época del nacimiento del patriarca Isaac, por el año del mundo dos mil ciento uno, según los hebreos, el cual tras la muerte de su padre le erigió un ídolo, que después tomó el nombre de Júpiter, con la intención de ser adorado por todos como un dios, y de allí, se dice, provinieron todas las idolatrías

que se extendieron en el mundo. Cecrops, primer rey de los atenienses, fue después el primero que invocó seguidamente a este Júpiter, ordenando hacerle sacrificios en sus Estados, y de este modo fue el autor de todas las demás idolatrías que se aceptaron después. Jano, que era un rey de Italia muy antiguo, según Macrobio, fue el primero que dedicó templos a los dioses y les hizo ofrecer sacrificios, y como era el primero que había dado a conocer algunos dioses a sus pueblos, tras su muerte fue asimismo reconocido por ellos y adorado como dios, de tal forma que los romanos no sacrificaban jamás a otro dios sin invocar primero a este Jano.

Los mismos autores que nuestros cristícolas llaman santos y sagrados hablan aproximadamente de la misma manera respecto a la invención y al origen de todas estas falsas divinidades, y no sólo atribuyen su origen e invención a los hombres, sino que además dicen incluso que la invención y adoración de estas falsas divinidades son la causa, la fuente y el origen de todas las maldades que se han difundido en el mundo, pues se dice en su Libro del Génesis que fue un tal Enos, hijo de Seth, nieto de Adán según ellos, quien empezó a invocar el nombre de Dios (Gen. 426). Y en su Libro de la Sabiduría se dice expresamente que la invocación y el culto de los ídolos o de las falsas divinidades es el origen, la causa, el principio y el fin de todos los males que hay en el mundo (Sap., 14.27).

He aquí cómo estos pretendidos Libros santos hablan de la invocación de estas falsas divinidades y de su comienzo. «Un padre —indican—, hallándose extremadamente afligido por la muerte de su hijo, hizo reconstruir su imagen para tratar de consolarse de su pérdida mirando esta imagen que al principio consideraba sólo la imagen de su hijo bienamado que la muerte le había arrebatado, pero poco después, habiéndose dejado cegar por un exceso de amor hacia este hijo y hacia la imagen y el retrato que había hecho esculpir, empezó a mirar y a adorar como a un dios lo que antes no veía sino como la imagen y el retrato de un hombre muerto, y ordenó a sus criados que lo honraran, le ofrecieran sacrificios y finalmente que le rindieran honores divinos. Esta práctica perjudicial, tras haberse difundido rápidamente y extendido por doquier, pasó muy pronto a ser una costumbre, el error particular se convirtió en un error público y finalmente esta costumbre pasó a ser fuerza de ley también, que fue confirmada y autorizada por los mandos de los príncipes y de los tiranos que obligaron a, sus súbditos a adorar las estatuas de los que colocaban o hacían colocar en el rango de los dioses, bajo rigurosas penas.

Esta idolatría —dicen los mismos Libros— se extendió tanto que los pueblos alejados del príncipe se hacían traer su imagen, consolándose de su ausencia mediante la presencia de su imagen, a la que rendían los mismos honores y las mismas adoraciones que habrían hecho a su príncipe de hallarse presente. La vanidad y la habilidad de los pintores y escultores —continúan los mismos Libros— no contribuyó al progreso de esta detestable idolatría, pues como trabajaban a porfía unos con otros para hacer bellas estatuas, la belleza de su trabajo atrajo a sus obras la admiración y la adoración de los débiles y de los ignorantes, de forma que los pueblos, de cuya simplicidad es fácil abusar, dejándose seducir tranquilamente por la belleza de la obra, imaginaban que una estatua hermosa sólo podía ser la representación de un dios y pensaban que aquel a quien hasta entonces sólo habían estimado como un hombre debía ser adorado y servido como un dios.

He aquí —dicen estos Libros santos y sagrados de nuestros propios cristícolas— cómo la idolatría, que es la vergüenza y el oprobio de la razón humana, ha penetrado en el mundo mediante el interés de los obreros, mediante la adulación de los súbditos, mediante la ignorancia de los pueblos y la vanidad de los príncipes y reyes de la tierra que, al no poder detentar su autoridad dentro de unos límites justos, han dado el nombre

de dios a unos ídolos de piedra y de madera, o a ídolos de oro y de plata, en honor de cuyos ídolos celebraban fiestas llenas de extravagancias y de locuras y en las que ofrecían sacrificios inhumanos, inmolándoles cruelmente a sus propios hijos, y llamaban paz a la ignorancia en que se hallaban, aunque ésta los hiciera más miserables y más desdichados de lo que hubiera podido hacerlos la guerra más encarnizada. Finalmente, estos mismos Libros de la Sabiduría dicen: «El culto y la adoración de estos ídolos detestables es la causa, el comienzo, el progreso y la cumbre de todos los vicios y de toda clase de *maldades*» (Sao. 14.27).

Todos estos testimonios que acabo de referir nos hacen ver claramente no sólo que todas las religiones que existen o han existido en el mundo no son ni han sido jamás otra cosa que invenciones humanas, sino que además nos hacen ver claramente que todas las divinidades que se adoran sólo son fabricadas e inventadas por los hombres y que los mayores males de la vida proceden todos de la misma adoración de estas falsas divinidades.

Y lo que aún confirma más esta verdad es que en ninguna parte se ve ni se ha visto jamás que alguna divinidad se haya mostrado a los hombres pública y manifiestamente, ni que alguna divinidad se haya dado jamás por sí misma alguna ley manifiesta y públicamente, ni haya hecho precepto u orden alguna. «Mirad—dice el señor de Montaigne— el registro que la filosofía ha llevado desde hace varios millares de años respecto a los asuntos celestes y divinos: los dioses, dice, nunca han actuado ni nunca han hablado más que a través de los hombres, e incluso a través de algún hombre particular únicamente, y además en secreto y como a escondidas, y frecuentemente durante la noche, a través de la imaginación y en sueños» (Essáis), como se indica claramente en los Libros de Moisés, acogidos y aprobados por nuestros cristócolos. He aquí cómo hacen hablar a su Dios: «Si hay algún profeta entre vosotros —dice Dios—, me apareceré a él durante la noche y le hablaré en sueños» (Num., 12.6). Fue así, efectivamente, como habló a Samuel cuando lo llamó (1 Reg., 3.4); Tal como está indicado, apareció y habló a varios otros, si se quiere creer a nuestros supersticiosos descolos y cristócolos, que cantan en una de sus solemnidades estas palabras que extraen de su Libro de la Sabiduría: «Durante la noche, cuando todo se halla en silencio, vuestra Palabra, Señor, se oye de lo alto de los *cielos*» (Sap. 18.15).

Pero si fueran verdaderamente dioses quienes hablasen así a los hombres, como se quisiera hacernos creer, ¿por qué fingirían ocultarse siempre así al hablarles?, y ¿por qué, por el contrario, no manifestarían más bien por doquier su gloria, su poder, su sabiduría y su autoridad suprema? Si hablan no es, o al menos no debe ser, más que para hacerse oír, y si quieren dar leyes, preceptos y órdenes a los hombres debe ser para que se sigan y observen, ¿y para esto hace falta que hablen en secreto y a escondidas? ¿Necesitan para ello el órgano y el ministerio de los hombres a tal punto que no podrían prescindir de ellos? ¿No saben hablar y hacerse oír por sí mismos a todos los hombres? ¿No pueden publicar sus leyes, ni hacerlas observar inmediatamente por sí mismos? Si es así, esto ya es una señal muy evidente de su debilidad y de su impotencia, puesto que no pueden prescindir del auxilio de los hombres en lo que les atañe de tan cerca. Y si lo que ocurre es que no quieren o no se dignan mostrarse ni hablar manifiesta y públicamente a los hombres, esto supone querer darles todo motivo de desconfianza, supone querer darles todo motivo para dudar de la verdad de su palabra, pues todas estas pretendidas visiones y revelaciones nocturnas de las que nuestros idólatras déícolos se halagan, ciertamente son demasiado sospechosas y están demasiado sujetas a ilusiones para que merezcan que se ponga fe en ellas y no es creíble que unos dioses que fueran absolutamente buenos y honestos quisieran jamás servirse de una vía tan sospechosa y tan equívoca como ésta para dar a conocer sus voluntades a los hombres. Y esto no sólo

sería querer darles lugar a dudar de la verdad de sus palabras, sino que incluso sería querer darles todo motivo para dudar de su propia existencia y darles motivo para creer que ni siquiera son ellos mismos, como efectivamente ellos no son nada, pues no es creíble, si hubiera verdaderamente dioses, que quisieran soportar que tantos impostores abusaran de sus nombres y de su autoridad para engañar con absoluta inmunidad a los hombres.

Por lo demás, si sólo se tratara de unos simples particulares quienes dijeran que Dios se les ha aparecido en secreto o en sueños, y que les ha hablado y les ha revelado en secreto tales o cuales misterios, o que les ha dado en secreto tales o cuales leyes y órdenes, si sólo se tratara de simples particulares quienes dijeran esto e incluso supusieran aun, si fuera necesario, algunos pretendidos milagros para que sus palabras fueran creídas, es claro y evidente que no habría ningún impostor que no pudiera hacer lo mismo en su favor y que no pudiera decir con la misma seguridad que los otros que habrían tenido visiones y revelaciones del Cielo, que Dios les habría hablado y que les habría revelado todo cuanto quisieran hacer creer a los demás; así, los que pretenden haber tenido revelaciones secretas de los misterios, de las leyes, de las órdenes o de las voluntades de Dios o de los dioses si se quiere, no son creíbles por lo que dicen y no merecen siquiera ser escuchados por lo que dicen, porque no es creíble, como he dicho, que los dioses que fueran perfectamente buenos y honestos, como se supone, quisieran servirse de una vía tan sospechosa y tan equivoca como ésta para dar a conocer sus voluntades a los hombres.

Pero cómo, se dirá, ¿cómo es posible que tantos errores y tantas imposturas hayan podido extenderse tan generalmente por todo el mundo? y ¿cómo han podido mantenerse tanto tiempo y tan fuertemente en el espíritu de los hombres? En efecto, sería motivo de sorpresa más que suficiente para aquéllos que sólo saben juzgar las cosas humanas por el exterior y no ven todos los resortes ocultos que los hacen mover, pero para aquellos que saben juzgar de otro modo y que miran las cosas de cerca, que ven jugar los resortes de la política más refinada de los hombres y que conocen los subterfugios y artificios de que son capaces de servirse los impostores para alcanzar sus objetivos, ya no es un motivo de sorpresa; están desengañados de todos sus refinamientos y de todas sus sutilidades. Por una parte, saben lo que el orgullo y la ambición son capaces de hacer en el espíritu de los hombres; por otra, saben que los grandes de la tierra encuentran siempre suficientes aduladores, que mediante cobardes complacencias aprueban todo lo que hacen y todo lo que tienen por objeto hacer; saben que los impostores y los hipócritas emplean toda clase de subterfugios y artificios para conseguir sus fines.

Y, finalmente, saben que los pueblos, al ser débiles e ignorantes como son, no podrían ver ni descubrir por sí mismos las trampas y los artificios de los que se sirven para engañarlos y que no podrían resistir contra el poder de los grandes, los cuales les obligan a doblegarse como quieren bajo el peso de su autoridad. Y justamente a través de estos medios, es decir, mediante la autoridad de los grandes, las cobardes complacencias de los aduladores, mediante los subterfugios y artificios de los impostores y de los embaucadores, y a causa de la ignorancia y de la debilidad de los pueblos, todos los errores, todas las idolatrías y todas las supersticiones se han extendido en la tierra, y por estos mismos medios se mantienen y se fortalecen aún todos los días cada vez más. Pero nada es tan favorable a la impostura y a su progreso en el mundo como está ávida curiosidad que los pueblos tienen por lo común de oír hablar de cosas extraordinarias y prodigiosas y esta gran facilidad que tienen para creerlas, pues como se ve que les gusta oír hablar de ellas, que las escuchan con asombro y con admiración y que miran todas estas cosas como verdades constantes, los

hipócritas por su lado y los impostores por el suyo se complacen en forjarles fábulas y en contarles tantas como quieren. (...).

Al comienzo de la Iglesia cristiana, los encantadores y los heréticos la perturbaban mucho mediante diversas imposturas, dice al autor de las Crónicas. Sería demasiado largo referir aquí infinidad de otros testimonios semejantes; lo que acabo de deciros basta para haceros ver claramente que todas las religiones verdaderamente sólo son invenciones humanas y, por consiguiente, que todo lo que enseñan y obligan a creer como sobrenatural y divino no es más que error, mentira, ilusión e impostura; errores en los que creen con demasiada ligereza cosas que no existen ni han existido jamás, o que son de otra manera de lo que creen; ilusiones en los que se imaginan ver u oír cosas que no son; mentiras en los que hablan de esta clase de cosas contra su propia ciencia y conocimiento; y, finalmente, imposturas en los que las inventan y propalan, a fin de imponerlas y hacerlas creer a los demás, lo que es tan cierta y evidentemente verdad que nuestros idólatras deícolas y nuestros mismos cristícolas no podrían estar en desacuerdo, porque también ellos reconocen, cada uno por su parte y de común consentimiento, que efectivamente todas las demás religiones que no sea la suya no son más que errores, ilusión, engaños e imposturas. Así, como podéis ver, al reconocerse como falsas la mayor parte de religiones, no se trata pues ahora más que de saber si en tan gran número de falsas sectas y falsas religiones como hay en el mundo no hay al menos alguna que sea verdadera y que pueda asegurarse que sea más verdadera que las demás y ser verdaderamente de institución divina.

Pero como no hay ninguna secta particular de religión que no pretenda estar enteramente exenta de todos los errores, de todas las ilusiones, de todos los engaños y de todas las imposturas que se encuentran en las demás, incumbe a cada uno de los que pretenden establecer o mantener la verdad de su secta hacer ver que es verdaderamente de institución divina, y es lo que deben hacer ver cada uno de ellos respectivamente por su parte mediante pruebas y mediante testimonios tan claros, tan seguros y tan convincentes que no se pueda dudar de ello razonablemente, puesto que si las pruebas y los pretendidos testimonios que podrían dar no fueran tales, siempre serían sospechosos de errores, ilusiones y engaño, y, por consiguiente, no serían testimonios suficientes de verdades y nadie estaría obligado a poner fe en ello, de manera que si alguno de los que dicen que su religión es de institución divina no pudiera dar de ello pruebas y testimonios claros, seguros y convincentes; es una prueba segura, clara y convincente de que no hay ninguna que sea verdaderamente de institución divina y, por consiguiente, habría que decir y tener por cierto que no son toda sino invenciones humanas llenas de errores, ilusiones y engaños, pues no se puede creer ni presumir que un Dios todopoderoso, y que fuera como se dice infinitamente bueno e infinitamente sabio, hubiera querido dar leyes y órdenes a los hombres y no hubiera querido que llevaran señales y testimonios más seguros y más auténticos de verdad que las de los impostores que se encuentran en el mundo en tan gran número.

Luego no hay ninguno de nuestros deícolas ni de nuestros cristícolas, de cualquier banda, secta o religión que sean, que puedan hacer ver, mediante pruebas claras, seguras y convincentes, que su religión es verdaderamente de institución divina. Y la prueba evidente de esto es que después de tanto tiempo y de tantos siglos que se debaten y disputan a este respecto unos contra otros, e incluso hasta perseguirse a fuego y sangre para el mantenimiento de sus opiniones, no ha habido aún parte de entre ellos que haya podido convencer y persuadir a las otras partes adversas, mediante tales testimonios de verdad, lo que ciertamente no pasaría si hubiera razones de una parte o de otra, es decir, pruebas y testimonios claros, seguros y convincentes de una institución divina. Pues, como no hay nadie de ningún partido, ni de ninguna secta de religión (digo nadie que

sea honesto e ilustrado y que actúe de buena fe), como no hay, digo, nadie así que pretenda apoyar o favorecer el error y la mentira y que, por el contrario, cada uno pretende por su parte sostener la verdad, la verdadera manera de barrer todos los errores y reunir a todos los hombres en paz en los mismos sentimientos y en una misma forma de religión, sería producir estas pruebas y estos testimonios claros, seguros y convincentes de la verdad y hacerles ver por esta vía que tal o cual religión es de institución divina verdaderamente y ninguna otra. Entonces cada uno, o al menos todas las personas honestas, se rendirían a estos claros y convincentes testimonios de verdad y nadie osaría empezar a combatirlos ni a sostener el partido del error y de la impostura sin ser al mismo tiempo confundido por estos testimonios claros, seguros y convincentes de una verdad contraria.

Pero como estos pretendidos testimonios de institución divina, claros, seguros y convincentes, no se encuentran en ninguna religión ni se encuentran más en un lado que en otro, esto es lo que da lugar á los impostores a inventar y a sostener atrevidamente toda clase de mentiras y de imposturas; es lo que hace que aquellos que los creen ciegamente se obstinen tan fuertemente, cada uno por su parte, en la defensa de su religión, y al mismo tiempo es una prueba clara y convincente de que todas sus religiones son falsas y que no hay ninguna que sea verdaderamente de institución divina, y, por consiguiente, he tenido razón al deciros, amigos míos, que todas las religiones que hay en el mundo no son más que invenciones humanas y que todo lo que se dispensaba y lo que se practicaba en el mundo para el culto y la adoración de los dioses no era más que fruto del error, abuso, vanidad, ilusión, engaño, mentira e impostura.

He aquí la primera prueba que había de daros, la cual es ciertamente en su género la más clara, la más fuerte y la más convincente que pueda haber. Pero he aquí aún otras que no serán menos convincentes y que no me harán ver menos claramente la falsedad de las religiones, y particularmente la falsedad de nuestra religión cristiana, pues como es por ésta, amigos míos, por la que se os mantiene cautivos en mil tipos de errores y de supersticiones, y que yo desearía poder desengañaros y poder ayudaros á tranquilizar vuestros espíritus y vuestras conciencias contra los falsos temores y contra las falsas esperanzas que se os dan de los bienes o de los males de otra pretendida vida que no existe, me dedicaré principalmente a haceros ver claramente la vanidad y la falsedad de vuestra religión, lo que bastará para desengañaros al mismo tiempo de todas las demás, puesto que al ver la falsedad de la vuestra, que se os hace creer tan pura, tan santa y tan divina, juzgaréis con bastante facilidad la vanidad y la falsedad de todas las demás.

La religión no es más que una fuente y una causa fatal de perturbaciones y divisiones internas entre los hombres

Esta fe o esta creencia ciega que ponen por fundamento de su doctrina y de su moral, no sólo es un principio de errores, ilusiones, mentiras e imposturas, sino que además es una fuente funesta de perturbaciones y divisiones eternas entre los hombres, pues como no es por razón sino más bien por terquedad y por obstinación que unos y otros se aferran a la creencia de sus religiones y de sus pretendidos santos misterios y creen ciegamente cada uno por su parte estar al menos tan bien fundados unos como otros en su creencia y en el mantenimiento de su religión, y que esta creencia ciega que cada uno tiene por su parte de la pretendida verdad de su religión les obliga a considerar falsas todas las demás religiones, e incluso les obliga a mantener a cada uno la suya, con peligro de sus vidas y de sus fortunas y a expensas de todo lo que podrían tener de más querido: es el hecho por el cual no pueden ponerse de acuerdo entre sí con respecto a sus religiones y

nunca lo lograrán; asimismo es lo que causa perpetuamente entre ellos, no sólo disputas y contiendas verbales, sino también perturbaciones y divisiones funestas; es también por lo mismo que todos los días se ve cómo se persiguen unos a otros a fuego y sangre para el mantenimiento de sus insensatas y ciegas creencias o religiones, y que no hay males ni maldades que no se ejerzan unos contra otros bajo este bello y falaz pretexto de defender y mantener la pretendida verdad de sus religiones. ¡Qué locos son todos ellos!

Ved lo que dice el señor de Montaigne a este respecto: «No hay —dice— hostilidad tan excelente como la cristiana; nuestro celo —dice— es maravilloso cuando va secundando nuestra propensión al odio, la crueldad, la avaricia, la detracción, la rebelión... A contrapelo —dice— a la verdad, la benignidad, la temperancia, si como por milagro —dice—, una rara complexión no lleva a uno a esto, no saca raja. Nuestra religión —prosigue— parece estar hecha para extirpar los vicios, los oculta, los alimenta y los incita» (Essais).

En efecto, no se ven guerras tan sangrientas ni tan crueles como las que se hacen por un motivo o por un pretexto religioso, pues para entonces cada uno se entrega ciegamente con celo y con furor y cada uno procura hacer de su enemigo un sacrificio a Dios, según este dicho de un poeta que dice muy bien.

«Qué es lo que los hombres no hacen —dice M. de la Bruiere— por la causa de la religión, de la que están tan poco persuadidos y que practican tan mal», en el capítulo de los Espíritus fuertes.

Este argumento me parece completamente evidente hasta aquí; así pues no es tan creíble que un Dios todopoderoso, que fuera infinitamente bueno e infinitamente honesto, quisiera servirse jamás de un medio semejante, ni de una vía tan fraudulenta como aquélla, para establecer sus leyes y sus órdenes, o para hacer conocer sus voluntades a los hombres, pues manifiestamente esto sería querer inducirlos al error y querer tenderles trampas, para hacerles tomar partido por la mentira antes que por la verdad, lo que ciertamente no es creíble de un Dios todopoderoso que fuera infinitamente bueno e infinitamente honesto.

Paralelamente no es creíble que un Dios, que amase la unión y la paz y que amase el bien y la salvación de los hombres, tal como sería un Dios infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente honesto y que nuestros cristócolos mismos califican Dios de paz, Dios de amor, Dios de caridad, Padre de misericordia y Dios de todos los consuelos... etc. (2 Cor. 1,3), no es creíble, insisto, que un Dios semejante hubiera querido jamás establecer y poner por fundamento de su religión, una fuente tan fatal y tan funesta de perturbaciones y divisiones eternas entre los hombres como es esta creencia ciega de la que acabo de hablar, la cual sería mil veces más funesta de lo que fue jamás esta manzana de oro fatal que la diosa Discordia arrojó maliciosamente a la asamblea de los dioses en las bodas de Peleas y Tetís que fue la causa desdichada de la ruina de la ciudad y del reino de Troya, según el decir de poetas fabulosos.

Luego religiones que tienen por fundamento de sus misterios y que toman como regla de su doctrina y de su moral una creencia ciega que es un principio de errores, de ilusiones y de imposturas y que sigue siendo una fuente fatal de perturbaciones y divisiones eternas entre los hombres no pueden ser verdaderas, ni haber sido verdaderamente instituidas por Dios. Y ya que todas las religiones tienen por fundamento de sus misterios y toman por regla de su doctrina y de su moral una creencia ciega, como acabo de demostrar, se deduce evidentemente que no hay ninguna verdadera religión, ni siquiera religión que sea verdaderamente de institución divina, y, por consiguiente, he tenido razón al decir que todas ellas no eran más que invenciones humanas y que todo aquello que nos quieren imbuir de los dioses, de sus leyes, de sus

órdenes, de sus misterios y de sus pretendidas revelaciones, sólo son errores, ilusiones, mentiras e imposturas.

Todo esto se concluye por sí solo.

Pero me doy perfecta cuenta de que nuestros cristícolas no dejarán de recurrir aquí a sus pretendidos motivos de credibilidad y dirán que aunque su fe y su creencia sea ciega en un sentido, no deja de estar apoyada y confirmada por testimonios veraces tan claros, tan seguros y tan convincentes que no sólo sería una imprudencia, sino también una temeridad y una obstinación e incluso una insensatez enorme no querer rendirse a ella. De ordinario reducen todos estos pretendidos motivos de credibilidad a tres o cuatro fundamentales.

El primero, lo extraen de la pureza y de la pretendida santidad de su religión que condena, como ellos dicen, todos los vicios y que recomienda la práctica de todas las virtudes; su doctrina es tan pura y tan santa, según ellos, que visiblemente ésta no puede venir más que de la pureza y de la santidad de un Dios infinitamente perfecto.

El segundo motivo de credibilidad lo extraen de la inocencia y de la santidad de vida de aquellos que la han abrazado primero con amor, de aquellos que la han anunciado con tanto celo, que la han mantenido con tanta constancia y que la han defendido tan generosamente exponiendo la vida hasta la efusión de su sangre e incluso hasta padecer la muerte y los tormentos más crueles, antes que abandonarla, no siendo pues creíble, dicen nuestros cristícolas, que tan grandes personajes, tan santos, tan honestos y tan iluminados, se hubieran dejado engañar en su creencia o que hubieran querido renunciar como han hecho a todos los placeres, a todas las ventajas, a todas las comodidades de la vida y exponerse además a sí mismos a tantas penas y trabajos e incluso a persecuciones tan rigurosas y crueles, para mantener solamente errores, ilusiones o imposturas.

Su tercer motivo de credibilidad lo extraen de las profecías y de los oráculos que en diferentes épocas y desde hace tanto tiempo se han proferido a su favor y a favor de su religión, oráculos y profecías que, por lo que ellos pretenden, se encuentran tan manifiesta y evidentemente cumplidos en su religión, que no es posible dudar que estos oráculos y profecías no procedan verdaderamente de una inspiración y una revelación toda divina, no habiendo más que un solo Dios que pueda prever con tanta claridad y seguridad el futuro y predecir con tanta seguridad las cosas futuras.

Finalmente su cuarto motivo de credibilidad y que es como el principal de todos, se extrae de la grandeza y de la multitud de milagros y prodigios extraordinarios y sobrenaturales que han sido hechos en todos los tiempos y en todos los lugares, a favor de su religión, como son, por ejemplo, devolver la vista a los ciegos, el oído a los sordos, el habla a los mudos, hacer andar a los cojos, curar a los paralíticos, a los endemoniados, y, generalmente, curar toda clase de enfermedades y dolencias en un instante y sin aplicar ningún remedio natural, incluso resucitar a los muertos, y, en definitiva, hacer toda clase de obras milagrosas y sobrenaturales, que sólo pueden hacerse mediante un poder divino; milagros y prodigios que son, como dicen nuestros cristícolas, motivos y testimonios tan claros, tan seguros, tan convincentes de la verdad de su creencia y de su religión que no hace falta buscar más para persuadirse enteramente de la verdad de su religión, de modo que consideran no sólo una imprudencia, sino también una obstinación y una temeridad e incluso una gran locura pensar únicamente en querer contradecir tan claros y tan convincentes testimonios de verdad.

«Es una gran locura —decía un famoso personaje entre ellos—, es una gran locura no creer en el Evangelio, cuya doctrina es tan pura y tan santa, cuya verdad ha sido publicada por personajes tan grandes, tan doctos y tan santos, que ha sido firmada con la sangre de tan gloriosos mártires, que ha sido abrazada por tantos doctores piadosos y

sabios, y que, finalmente, ha sido confirmada por tan grandes y prodigiosos milagros que sólo pueden haber sido hechos por un Dios todopoderoso» (Pico de la Mirándola). En cuya ocasión otro famoso personaje entre ellos dirigía audazmente estas palabras a su Dios: «Señor —le decía—, si lo que creemos de vos es error sois vos mismo quien nos habéis engañado; pues todo cuanto creemos —decía— ha sido confirmado por tan grandes y prodigiosos milagros, que no es posible creer que hayan sido hechos por otro que vos.

Debilidad y vanidad de los pretendidos motivos de credibilidad, para establecer ninguna verdad religiosa

Pero es fácil refutar todos estos vanos razonamientos y hacer ver claramente la vanidad de todos estos supuestos motivos de credibilidad, y de todos estos supuestos milagros tan grandes y prodigiosos que nuestros cristícolas llaman testimonios claros y seguros de la verdad de su religión.

Pues, primero, es un error evidente pretender que argumentos y pruebas que pueden igual y tan fácilmente servir para establecer o confirmar la mentira y la impostura, como para establecer o confirmar la verdad, puedan ser testimonios seguros de la verdad. Luego, los argumentos y pruebas que nuestros cristícolas extraen de sus pretendidos motivos de credibilidad, pueden igual y tan fácilmente servir para establecer y confirmar la mentira y la impostura, como para establecer y confirmar la verdad.

Prueba de lo cual es que efectivamente no hay religiones, por falsas que sean, que no pretendan apoyarse sobre semejantes motivos de credibilidad, ni hay ninguna que no pretenda tener una doctrina sana y verdadera, no hay ninguna que al menos no pretenda a su manera condenar todos los vicios y recomendar la práctica de todas las virtudes, no hay ninguna que no haya tenido doctos y celosos defensores, que han sufrido rudas persecuciones e incluso la muerte, para el mantenimiento y la defensa de sus religiones.

Y finalmente no hay ninguna que no pretenda tener milagros y prodigios que han sido hechos en su favor. Los mahometanos, por ejemplo, los alegan a favor de su falsa religión, así como los cristianos a favor de la suya; los indios los alegan a favor de la suya y todos los paganos alegan también una infinidad a favor de sus falsas religiones, testigo todas estas pretendidas metamorfosis maravillosas y milagrosas de las que habla Ovidio, metamorfosis que son como tantos milagros grandes y prodigiosos que se habrían hecho a favor de las religiones paganas. Si nuestros cristícolas se amparan de los oráculos y de las profecías que pretenden haberse realizado a su favor, a favor de su religión, ocurre lo mismo en las religiones paganas y así la ventaja que se podría esperar poder extraer de estos pretendidos motivos de credibilidad se encuentra casi de igual modo en toda clase de religiones; esto es lo que ha dado lugar al juicioso señor de Montaigne a decir que «todas las apariencias son comunes a todas las religiones, esperanza, confianza, acontecimientos, ceremonias, penitencias, mártires..., etc.» (Essais).

«Dios —dice— recibe y toma en su origen el honor y la reverencia que los hombres le rinden, bajo cualquier rostro, bajo cualquier nombre, de la manera que sea. Este celo —dice— ha sido universalmente visto desde el cielo con buen ojo. Todas las políticas —agrega— han sacado fruto de sus devociones, los hombres, las acciones impías, han tenido por doquier sucesos convenientes. Las historias paganas reconocen —dice— la dignidad, orden, justicia de los prodigios y de los oráculos empleados para su provecho e instrucción, en sus religiones fabulosas (Essais). Augusto—dice—, como ya he observado, tuvo más templos que Júpiter y fue servido con igual religión y creencia de milagros» (Id.).

En Delfos, ciudad de Beocia, antaño había un templo muy célebre dedicado a Apolo, donde éste profería sus oráculos y por esto era frecuentado por todas las partes del mundo, enriquecido y ornado con infinitas plegarias y ofrendas de un gran valor (Dic. Hist.).

Paralelamente, en Epidauro, ciudad del Peloponeso, en Dalmacia, había antaño un templo muy célebre dedicado a Esculapio, dios de la medicina, donde éste profería sus oráculos y donde los romanos acudieron a él cuando se hallaron afligidos por la peste, haciendo transportar a este dios en forma de dragón a su ciudad de Roma y en su templo de Epidauro se veían infinidad de cuadros en los que se representaban las curas y las curaciones milagrosas que se decía que había hecho... (Dict. Hist.).

Y varios otros ejemplos parecidos, que sería demasiado largo referir aquí. Siendo así, como lo demuestran todas las historias y la práctica de todas las religiones se deduce que todos estos supuestos motivos de credibilidad, de los que nuestros cristócolas tanto quieren valerse, generalmente se encuentran en todas las religiones, y, por consiguiente, no pueden servir de pruebas, ni de testimonios seguros de la verdad de su religión, como tampoco de la verdad de ninguna otra.

La consecuencia de ello es clara y evidente.